

HERNÁN LAVÍN CERDA

## *Una visita al matadero*

Con golpes de cachiporra en la cabeza  
del vacuno que brama como si fuera un niño,  
con ese ruido de piedra hueca o de tambor pudriéndose  
después de la elegancia de un solo macanazo  
hasta que el matarife pueda obscenamente  
descubrir las bellas o malas artes de la carne  
dispuesta al sacrificio para el abasto público.

Delirio de precisión de la cachiporra  
en los mataderos de Santiago de Chile  
donde se practican las ciencias ocultas de la carnicería  
como si fuesen galas del trovar:  
ocultismo en el ojo  
que colgará del verdugo extraviándose de órbita  
junto al holocausto del ternero de la vaca más antigua.

Cómo olvidarnos del bramido de los toros  
degollados en el patio  
donde sólo se escucha el zumbido de una piedra hueca  
o el chorro de agua que salta de los grifos:  
un poco más allá se descuelgan las ubres de sus vacas  
como la solitaria bombilla del estudio de Francis Bacon.

No interrumpe su vuelo de guadaña esa cachiporra:  
del hocico al testuz, del testuz a la espiral sin oxígeno  
como si fuera taladro eléctrico, lezna de acero,  
casi mítico punzón de las trepanaciones.

¿Cómo olvidarnos del cuchillazo póstumo en medio del corazón?  
Ya no braman los toros, el miedo enceguece a las terneras  
y las últimas vacas escuchan la voz del matarife  
invitándolas a sumergirse en la hipnosis del degolladero.